Taller número cinco.

Área: español

Profesor: David Saldarriaga.

Tema: el texto argumentativo.

1. Lee los siguientes textos.

A. <https://www.las2orillas.co/cuando-pasara-de-moda-el-coronavirus/>.

B. <https://elpais.com/sociedad/2020-03-20/estupidez.html>.

2. Consulta qué es un texto argumentativo y sus características.

3. ¿Los dos textos son argumentativos? ¿por qué? (espero un respuesta completa y compleja).

4. Sí son argumentativos saca la oración que funciona como argumento principal de cada uno de los textos y explica el por qué.

Texto A.

**¿Cuándo pasará de moda el Coronavirus?**

Generalmente los virus alcanzan su punto más alto y empiezan a decaer, como ha ocurrido con el H1N1 o con el SARS, lo que puede pasar con el COVID19

Por: **Kevin Ríos Aguirre** | marzo 20, 2020

El nuevo virus chino agrandado por los medios de comunicación tiene loco a una gran parte del planeta. Está siendo la comidilla de todos los noticieros, todos estamos en estado de pánico; pero ¿vale la pena tener miedo? ¿Es algo pasajero? ¿Ya pasó lo peor? ¿Por qué el miedo?

La enfermedad del Coronavirus 2019 (COVID-19) es una afección respiratoria que se puede propagar de persona a persona. El virus que causa el COVID-19 es un nuevo Coronavirus que se identificó por primera vez durante la investigación de un brote en Wuhan, China. Por ahora ha logrado traspasar las fronteras de 146 países.

Pero, pensemos bien. El virus sigue la dinámica de cualquier enfermedad infecciosa: crece exponencialmente hasta alcanzar su punto más alto y luego empieza a decaer. Ya nos contó todo sobre él. En China subió de una manera exagerada, el sistema colapsó, pero hoy está totalmente controlado, aunque actuaron un poco después. El 81% de las personas tiene síntomas leves que no presentan problemas. La mortalidad es mayor en las personas mayores de 70 años, dado que su sistema inmune empieza a decrecer con la edad: personas que vienen presentando enfermedades o dolencias por su avanzada edad. No entiendo por qué los políticos están exagerando tanto el problema, no sé quién los está asesorando; lo más probable es que lo hagan para favorecer su imagen. El presidente Duque está tomando medidas muy severas que están afectando a todos los colombianos: un incapaz que cierra las fronteras terrestres, impone toques de queda y declara estado de emergencia mientras deja abierto el aeropuerto El Dorado que es el punto donde ingresó el virus al país.

El que no conoce su historia está condenado a repetirla: la OMS, los políticos y los medios nos han mentido siempre y aún les seguimos creyendo: lo hicieron con el H1N1, el SARS y el MERS. Desde que el virus llegó a Colombia, los medios están vendiéndonos una catástrofe sin fundamentos. No nos va a pasar los mismo que a China, España o Italia: estos países estaban en temporada de invierno, donde las defensas bajan, por eso el número tan grande de infectados en poco tiempo. Insisto en que el virus remita por si solo por su baja capacidad de mutación, se encuentra en una curva descendente: ¡No hay por qué temer! Nuestro sistema no va a colapsar por este virus. En este país es mucho más probable que nos maten por robarnos a que nos contagiemos de Coronavirus, 31 personas fueron asesinadas al día en el primer semestre de 2019 según medicina legal.

Sobre el futuro de este virus, les diré lo que pienso: las medidas exageradas seguirán hasta final de mes, lo que afectará drásticamente la economía nacional. Para comienzos de abril, la pandemia ya estará controlada. Mientras eso pasa, seguiremos escuchando mentiras de políticos mal aconsejados y los medios que se siguen reventando con su habladuría para alarmar la gente. La gente seguirá vaciando los supermercados sin razón lógica y la moneda seguirá por el piso. Políticos de oposición sacando provecho de los más mismos errores de Uribe y el gobierno sacando pecho por su supuesta capacidad para enfrentar la crisis de un virus que ya está controlado a nivel mundial.

El virus llegó para quedarse, cuando aprendamos vivir con él, nos sentiremos como estúpidos por toda la basura que nos vendieron los medios; pero tranquilos, en unos años se nos olvida y volverá a aparecer otra pandemia que enloquecerá a la gente.

# *Estupidez*

## Ni inteligencia artificial ni extraterrestre: estupidez pura y dura propagándose a través de nuestros cuerpos, repentinamente devueltos al centro de la escena.

JUAN CÁRDENAS

20 MAR 2020 - 14:50COT

“¿Puede haber algo más estúpido que un virus?”, se preguntaba en estos días Slavoj Zizek en una entrevista con un canal internacional ruso. Al fin y al cabo, los científicos no se ponen de acuerdo sobre si los virus son entidades químicas o seres vivos, pues se comportan como unas cajitas inútiles con algo de material genético, pero no se reproducen ni se alimentan por sí mismos. De hecho, cuando no están en contacto con células a las que hackear para multiplicarse entre las vecinas, los virus pueden permanecer encima de casi cualquier cosa sin hacer absolutamente nada. Nada de nada. Ni siquiera estamos ante una especie con una identidad concreta que desea vivir y perpetuarse depredando a otras especies. Es un agente ambiguo, algo situado entre lo vivo y lo no-vivo, que abre las células ajenas y las coloniza al servicio de ningún propósito biológico. Los virus son “estúpidos” o son la estupidez misma, podríamos decir, el absurdo en persona. “They are meaningless”, añadía Zizek para acentuar la ironía de que la debacle humana no hubiera llegado del espacio exterior, de una inteligencia superior a bordo de naves espaciales, sino justamente de aquella unidad mínima de la estupidez del cosmos, de su ausencia de significado último. Y esa debacle, digámoslo de una vez, tampoco ha llegado desde la amenaza de la inteligencia artificial y la automatización, como venían advirtiendo Bifo Berardi y todos los gurús del apocalipsis tecnológico, convencidos de que la dominación de las máquinas era un hecho consumado. Ni inteligencia artificial ni extraterrestre: estupidez pura y dura propagándose a través de nuestros cuerpos, unos cuerpos repentinamente devueltos al centro de la escena.

Nuestras fantasías apocalípticas suelen estar diseñadas a partir de una lógica humana, desde un antropocentrismo más o menos disimulado, siguiendo unas premisas fundadas en la invención del sujeto cartesiano y el homo economicus del capitalismo, así que por lo general solo somos capaces de imaginar que seremos superados por versiones mejoradas de nosotros mismos –alienígenas o androides-. Rara vez aquellas fantasías están dispuestas a situarse por fuera de los límites de nuestra vanidad y más raro aún es que se ocupen de lidiar con el arcaico mensaje que nos trae la nueva pandemia global del Covid-19: que somos animales tan vulnerables como cualquier otro, esto es, que formamos parte de una red de vida que involucra a todas las otras especies del planeta, que no estamos por fuera o por encima de toda aquella trama biológica y geológica y, por último, que la pertenencia a esa red está ligada a un misterio mucho más inquietante que los platillos voladores o los robots inteligentes, un misterio, por otro lado, mucho más obvio, oculto a la vista de todos: el misterio innombrable de estar vivos, la contingencia del animal, el cuerpo que hace cosas por su cuenta o que se deja invadir por agentes no-vivos que amenazan su supervivencia. Todo ello sin ninguna razón, sin ningún plan maestro, sin ninguna inteligencia general en los controles, sin ningún diseño: pura estupidez.

Lo verdaderamente insoportable para este animal pensante en que nos hemos convertido es ese núcleo de absurdo como horizonte primordial y último de nuestra presencia en la tierra. Preferimos entonces imaginar -y por tanto, hacer realidad- el porvenir como un fascismo hipertecnológico e insostenible donde las máquinas ya han tomado todas las decisiones de antemano, donde lo humano se ha trascendido a sí mismo en un giro evolutivo que beneficia solo a los más poderosos, antes que hacernos cargo del hecho ineludible de que estamos aquí por puro accidente, como parte de la historia general de las catástrofes que es el cosmos y que esa situación puede cambiar de un momento a otro, incluso para quienes se consideran los amos del universo. Que somos blandos, frágiles, penetrables, que dependemos los unos de los otros y que estamos a merced de aquello que creemos haber dominado o de lo que creemos habernos separado para siempre: la red de la vida. En otras palabras, que estamos a merced del inescapable deseo de transformación de la materia sensible, el deseo reprimido que tiene esa materia sensible de morir para que otras cosas puedan vivir, el deseo de la experiencia limitada del cuerpo mortal –cada cosa que hacemos cargada de sentido en cuanto recordatorio de nuestra finitud- y el deseo que tiene ese cuerpo de dejar su lugar a otros cuerpos o incluso del oscuro deseo que tiene todo ser vivo de dormir como las piedras. De ser polvo que viaja en el vacío sideral rumbo a ninguna parte.

“El lenguaje es un virus del espacio exterior”, canta Laurie Anderson tomando prestada una idea de William Burroughs. Y si nos detenemos un segundo a contemplar la estructura del significante, que por sí mismo carece de cualquier significado, que depende siempre del contexto para entrar en acción y producir efectos de significación, que funciona como una especie de vacío central, unidad mínima del decir y el no decir, y que es por definición “meaningless”, quizá nos estremezca constatar cuánto se parecen esas estructuras elementales del lenguaje a un virus (lo que se viraliza en realidad son los significantes, más que los significados).

La pandemia del Covid-19 es un recordatorio de ese vacío primordial, de aquel horizonte de absurdo sobre el que pivota toda la vida y cualquier intento de simbolización lingüística humana. Nos encontramos ahora mismo en el centro mismo de ese vacío, casi mudos, balbuceantes, aterrorizados pero con la saludable impresión de que se han derrumbado en pocos días todas las certezas. Han quedado suspendidas las justificaciones sobre las que se había edificado aquel mundo de competencia desenfrenada, de destrucción del planeta en aras de una economía irracional e insostenible.

A la luz de lo que ha sucedido en otras ocasiones en nuestro planeta, es improbable que los seres humanos acaben con toda la vida. La tierra ha sido testigo de otras cinco megaextinciones, todas ellas mucho más dramáticas que la actual, así que lo más probable es que solo estemos trabajando desesperadamente para provocar nuestra propia extinción como especie. Desde luego, la extinción o el exterminio son opciones tan plausibles como la posibilidad de que podamos permanecer un tiempo más en la tierra, aprendiendo nuevamente a convivir con las otras especies.

No se trata entonces de elegir entre la estupidez y la inteligencia. Se trata de elegir entre dos formas de estupidez, o mejor, de dos actitudes posibles ante el absurdo fundamental de estar aquí: aquella donde podemos prolongar nuestra experiencia de seres mortales o aquella donde ya no somos viables y la vida en el planeta debe continuar sin nosotros; aquella donde aceptamos que somos animales solidarios, partes minúsculas de una red global de especies, donde nuestros limitados recursos intelectuales y materiales están al servicio de esa solidaridad o aquella donde estamos solos, en la supuesta cúspide de la naturaleza, enfrascados en la ingrata labor de extinguirnos a nosotros mismos.